

## La Habana/Veracruz, Veracruz/La Habana. Las dos orillas\*

Para Claudia Morales Carvajal

*Los ruidos nutridos de la calle, el olor del salitre, del sudor y de las frituras, el alboroto de situaciones, el desenfado provocador de las mujeres que pueblan escenarios calurosos de los mediodías encendidos, esos caballeros tan compuestos y presuntuosos que se pierden en los meandros de la noche. Y todo aquel mundo de pobres de solemnidad de las barriadas erizadas de antenas de televisión, expulsados de las campiñas arruinadas, se repite por todo el Caribe en sus miserias y colores, balcones decrepitos llenos de tientos de flores, azoteas donde flamean la ropa tendida, y las voces de soprano de las mujeres que se cruzan de una a otra ventana.*

Sergio Ramírez<sup>1</sup>

Desde que el célebre historiador francés Marc Bloch, allá por la década de 1930, impulsara el método comparativo en la investigación histórica, esta forma de abordar el estudio de sociedades con desarrollos semejantes en el largo plazo ha mostrado con creces su utilidad, a pesar de los excesos y anacronismos que cometieron autores tan famosos como Arnold Toynbee o Walter W.

\* Bernardo García Díaz y Sergio Guerra Vilaboy (coords.), *La Habana/Veracruz, Veracruz/La Habana. Las dos orillas*, Universidad Veracruzana/Universidad de La Habana, México, 2002.

<sup>1</sup> Sergio Ramírez, "El Caribe somos todos", *La Jornada*, 16 de agosto de 2001, p. 7a.

Rostow por "confundir analogías superficiales con semejanzas profundas", por no distinguir con claridad los rasgos estructurales específicos, irreductibles y no tomar en cuenta los contextos históricos globales de cada una de las realidades que se trataba de parangonar.<sup>2</sup>

Por otra parte, como ha señalado el notable narrador y ensayista habanero Antonio Benítez Rojo, abordar el estudio comparativo de sociedades insulares y continentales que integran el Caribe, ese babélico "laboratorio de culturas",<sup>3</sup> presenta, además de los peligros señalados, obstáculos nada fáciles de superar, tales como "su fragmentación, su inestabilidad, su recíproco aislamiento, su desarraigo, su complejidad cultural, su dispersa historiografía, su contingencia y su provisionalidad".<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Sobre el uso del método comparativo en la historia, véase la síntesis que hacen Ciro F. S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, "El método comparativo en historia", en *Los métodos de la historia*, col. Teoría y Praxis, núm. 35, Grijalbo, México, 1979, pp. 345-352.

<sup>3</sup> Luis A. Santullano, "Mirada al Caribe. Fricción de culturas en Puerto Rico", *Jornadas*, El Colegio de México, núm. 54, p. 17.

<sup>4</sup> Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*, Casiopea, Barcelona, 1998, p. 15.

Los coordinadores de *La Habana/Veracruz, Veracruz/La Habana. Las dos orillas*, Bernardo García Díaz y Sergio Guerra Vilaboy, historiadores apasionados de altos vuelos, no sólo son conscientes de las trampas que acechan a aquellos osados que intentan aplicar el método comparativo en el análisis histórico, sino son además amplios conocedores del rico y dilatado devenir histórico de dichos puertos caribeños y sus respectivos *hinterlands*; de sus mutuas y continuas influencias culturales pluriseculares vía el trasiego de hombres y mujeres y mercancías; de las semejanzas y diferencias tanto de su desarrollo económico y urbano como de su colorida vida cotidiana y sociocultural, procesos todos ellos que, desde el siglo XVI, han tenido como telón de fondo el insondable Mar de las Lentejas —nombre con el que el geógrafo francés Guillaume le Testu bautizara a las agitadas aguas del Caribe en los tiempos colombinos—, ese meta-archipiélago sin centro ni límites precisos —o, si se quiere, con un centro que está en todas partes y en ninguna al mismo tiempo—, cuyo pasado, siempre inacabado e inacabable, está todavía lejos de ser comprendido en toda su barroca complejidad.

Cierto que el puerto de Veracruz no siempre sale bien librado a la hora hacer una confrontación sincrónica y diacrónica con el puerto de San

Cristóbal de La Habana, por más que, como señalan los coordinadores del volumen en la “Introducción”, ambos puertos caribeños tengan “una larga historia de encuentros y similitudes que hunden sus raíces en los albores de la dominación colonial” (p. 13).

Por ejemplo, si bien los dos puertos fueron protegidos con fortalezas contra los acérrimos enemigos europeos del imperio español (Inglaterra y Francia, principalmente), aplicando los métodos constructivos de punta de la arquitectura militar de la época, la de San Juan de Ulúa —que hoy se debate entre la vida y la muerte a causa de la contaminación de las aguas de la bahía— muy bien podría parecerle a algún observador contemporáneo de juguetería frente a los imponentes castillos de los Tres Reyes del Morro y de San Salvador de La Punta.

En lo que se refiere a la arquitectura colonial, aunque son evidentes las similitudes de estilos entre lo poco que queda del viejo y devastado Centro Histórico de Veracruz y la también ruinosa Habana Vieja, universalizada por Alejo Carpentier en *El siglo de las luces*, lo real es que el primero no tiene ni la magnificencia ni la monumentalidad de la segunda.

Del viejo casco veracruzano ya se sabe que su lamentable estado, del que sólo se salvan algunos espacios y edificios, se debe a la incuria y desinterés de la sociedad civil y de las

autoridades locales, sin contar a la picota especulativa que no respeta normas de construcción ni estilos arquitectónicos.

El caso de la Habana Vieja se cuece aparte, pues, como ha escrito la arquitecta Emma Álvarez-Tabío,<sup>5</sup> ésta se salvó no tanto debido a la Revolución del 59 —que, si bien puso alto a su eventual destrucción, en cierta medida le dio la espalda a la capital cubana, “identificada con la corrupción de los gobiernos republicanos y con los vicios del *american way of life*”—, sino a la ausencia de una política urbana coherente. No es sino desde 1982, cuando La Habana es declarada Patrimonio Mundial por la UNESCO, que esta joya urbana del Caribe vuelve a tomar un renovado aire bajo el incansable y tenaz trabajo de un equipo multidisciplinario encabezado por el historiador de la ciudad Eusebio Leal Spengler, quien ha impulsado un programa de rescate integral de su viejo casco colonial.

Con todo lo polémico que este programa pueda ser, como en su momento lo fueron las intervenciones de Jean Claude Nicolas Forestier (en los años veinte) y de José Luis Sert (en los años cincuenta), quien haya caminado por actual Habana Vieja no podrá negar que ésta, como

advierte la propia Álvarez-Tabío, “aún permite revivir, a las puertas de un nuevo milenio, la experiencia anacrónica y casi olvidada de andar y descubrir una ciudad tradicional”.<sup>6</sup> Al contrario, al Centro Histórico de Veracruz sólo le quedan una o dos áreas acogedoras, como la Plazuela de la Campana o la de la Lagunilla, dentro el tráfico incesante y agobiante de automóviles y camiones urbanos.

La Habana, por lo demás, era, en sus momentos de esplendor, una especie de París tropical, no sólo por sus dimensiones y el número de su heterogénea población (en 1827 ya tenía cien mil almas), sino también por la refinada cultura de la *sacarocracia* habanera criolla y la no menos acrisolada cultura popular de artesanos y trabajadores negros y mulatos —expresión ésta última, acaso, producto de una esclavitud mucho menos asfixiante que la de las plantaciones azucareras—, a diferencia de Veracruz que, a pesar de su importancia estratégica desde el punto de vista comercial, nunca dejó de ser del todo —por lo menos hasta finales del siglo XIX— una pequeña urbe de paso con una población poco numerosa e integrada por una oligarquía mercantil blanca más o menos ilustrada y un sector popular conformado por mestizos, mulatos y negros con oficios de toda laya.

<sup>5</sup> Emma Álvarez-Tabío Albo, *Invencción de La Habana*, Casiopea, Barcelona, p. 371.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 317.

Y mejor nos metamos al ámbito literario, donde La Habana y la isla toda es cuna y semillero de un sinnúmero de poetas, narradores y ensayistas de fama continental e incluso mundial (Heredia, Plácido, Villaverde, Casal, Lezama, Cabrera Infante, Arenas y un largo etcétera), mientras que el puerto de Veracruz sólo podría presumir, acaso, al enorme vate don Salvador Díaz Mirón, figura señera del parnaso latinoamericano, y al no menos crucial narrador Juan Vicente Melo.

En realidad, si somos sinceros, los veracruzanos tendríamos que admitir, no sin sonrojarnos, que en muchos sentidos somos los “hermanos menores” de los habaneros, es decir, que si hiciéramos un recuento pormenorizado de las interinfluencias entre ambas ciudades portuarias, con seguridad les saldríamos debiendo a ellos (los habaneros) muchos de nuestros más caros dones y bienes culturales. Por algo el poeta Nicolás Guillén dijo, y no exageró, que “el único territorio debidamente conquistado y colonizado por Cuba es Veracruz”.

Pero al margen de estas muy polémicas disquisiciones, obras como las que nos ocupa son desde luego un acontecimiento editorial que se suma a otros esfuerzos recientes por desentrañar la historia de México en el contexto del Golfo-Caribe, como *México y el Caribe. Vínculos, intereses, región*, coordinada por Laura Muñoz

Mata<sup>7</sup> o *El Mar de los deseos. El Caribe hispano musical. Historia y contrapunto* de Antonio García de León.<sup>8</sup>

No vamos a hacer aquí una radiografía de esta voluminosa obra colectiva compuesta de 24 ensayos, realizados por 22 especialistas cubanos y mexicanos —noveles, experimentados y consagrados— y que están acompañados por 61 espléndidas imágenes de Veracruz y La Habana, entre planos, litografías y fotografías pertenecientes a archivos particulares e institucionales mexicanos y cubanos. Baste decir que en ella se abordan temas tan variados como las fortificaciones militares de Veracruz y La Habana, que formaron parte de una estrategia de defensa más amplia de la Corona española contra las ambiciones imperiales de otras potencias europeas enemigas; la presencia vital de los negros africanos, esclavos y libres, en la vida cotidiana de ambos puertos caribeños; las impresiones de toda una pléyade de viajeros extranjeros que los visitaron siguiendo los pasos del sabio científico Alexander

<sup>7</sup> Laura Muñoz Mata (coord.), *México y el Caribe. Vínculos, intereses, región*, col. Historia Internacional, Instituto Mora, México, 2002, 2 ts.

<sup>8</sup> Antonio García de León Griego, *El mar de los deseos. El Caribe hispano musical. Historia y contrapunto*, Siglo XXI/Estado de Quintana Roo/Universidad de Quintana Roo/UNESCO, México, 2002.

von Humboldt, prejuiciosas, sí, pero fundamentales para entender, desde la exterioridad, lo que por evidente pasaba desapercibido para el oriundo de estas tierras; las intervenciones y ocupaciones militares de que fueron objeto Veracruz y La Habana por parte de Estados Unidos en su etapa expansionista, y que dejarían una huella indeleble en la cultura y el imaginario colectivo locales; las formas de reproducción de las oligarquías veracruzana y habanera, así como las características de sus respectivas bases económicas; el impacto sociocultural de la inmigración cubana en el Veracruz del último tercio del siglo XIX y principios del XX y la influencia de la música de Agustín Lara entre los compositores y músicos cubanos, y, en fin, las expresiones esenciales de la cultura popular de las dos ciudades-puerto como son, sin duda, la música, el béisbol y los carnavales.

No obstante, si nos interesa en esta ocasión poner de relieve este último aspecto, es decir, la cultura popular, y más concretamente el cancionero musical que comparten ambos pueblos, el veracruzano y el habanero, porque me parece que esta íntima relación musical ejemplifica muy bien los sólidos lazos espirituales que unen a Veracruz y La Habana desde hace ya un buen rato. Ni siquiera el candente juego de pelota — tan relacionado con la literatura y el baile, y que tanto

significa para la idiosincrasia veracruzana y la identidad cubana, como lo ha demostrado Roberto González Echevarría—,<sup>9</sup> tiene tanto peso específico y es tan perdurable dentro de las mentalidades de “Las dos orillas” como el variado e inagotable cancionero musical afroantillano. No es gratuito que el novelista cubano Eliseo Alberto hace poco haya afirmado a propósito de la relación México-Cuba:

No creo que haya muchos mexicanos que sepan tantas canciones de Agustín Lara como mi madre. Y aquí [en México] siempre ha habido un gran gusto por la música cubana, por los grandes cantantes cubanos como Benny Moré. Me parece que son esos descarados ídolos de la cultura popular los que verdaderamente unen a los pueblos, no sus immaculados héroes patrios. Estoy convencido de que lo que une a los pueblos son sus pecadores, no sus santos.<sup>10</sup>

Y vaya que el sobresaliente narrador isleño tiene razón.

Porque ¿qué hubiera sido del desarrollo de la música veracruzana sin la impronta del danzón y el son, géneros fundamentales del universo de la música popular antillana? ¿Cómo imaginar las sabrosas e

<sup>9</sup> Véase al respecto su excelente obra *The Pride of Havana. A History of Cuban Baseball*, Oxford University Press, Nueva York, 1999.

<sup>10</sup> Javier Bañuelos, “Entrevista con Eliseo”, *Universidad de México. Revista de la UNAM*, Nueva Época, febrero de 2002, núm. 608, p. 73.

inolvidables fiestas de los patios de vecindad de Veracruz, reconstruidas de manera magistral por Antonio García de León, sin la danzonera de Severiano Pacheco y Albertico Gómez o la de los Chinos Ramírez? ¿Con qué ritmo, si no es con el danzón, se hubieran amenizado los juegos de pelota en los parques Aguirre y Deportivo Veracruzano? ¿Hubieran sido tan estruendosos y famosos los carnavales veracruzanos de la primera mitad del siglo pasado sin la fuerza arrolladora del son y la rumba?

Y al revés, ¿acaso ha existido o existe otro ser humano, aparte desde luego de Agustín Lara —“el más sentimental de los mortales”, según el poeta Sigfredo Ariel, autor de “La cumbancha cubana de Agustín Lara”, ensayo que pone un broche de oro a *La Habana/Veracruz...*—, que sea considerado en Cuba “un fenómeno de nuestra arquetipología popular; convidado de lujo, o mejor, uno de los primordiales anfitriones de la gran cumbancha isleña y continental de esta tierra sufrida que —al decir de Darío— aún reza a Jesucristo y habla en español”? (p. 507). Lo dudo. Porque no se crea que la madre de Eliseo Alberto fue la única que en la isla enriqueció su educación sentimental con las pegajosas melodías del mimético y ecléctico músico-poeta veracruzano —sí señor, veracruzano y quizá tlacotalpeño, “de cepa y elección”, como dice Sigfredo Ariel,

aunque los chilangos afirmen lo contrario—, sino legiones de cubanos, entre ellos el escritor Guillermo Cabrera Infante, quien cuenta emocionado la reveladora anécdota siguiente:

Antaño me acostaba temprano y me levantaba tarde. Pero una mañana, más bien una madrugada, oí cantar una canción:

Oiga usted como suena la clave,  
oiga usted como suena el bongo.

Fue el despertar más alegre de mi niñez,  
casi un Día de Reyes pero con música.  
Según seguía la canción

diga usted si las maracas tienen  
el ritmo que nos mueve el corazón,

más cubana me parecía y había palabras  
que sabía lo que querían decir: clave,  
bongó, maracas. Fue años más tarde que leí  
que la tonada se llamaba “La cumbancha”,  
palabra parienta de rumbantela y recholate.  
Mucho más tarde supe que su compositor  
era Agustín Lara, mexicano [...] <sup>11</sup>

Y eso que las populares canciones de Agustín Lara no eran tan populares, es decir, que antes que músico, el Flaco de Oro, como otros compositores populares de entonces, era poeta, un artista de la pluma que transformaba sus delirantes y cursilones versos —con resabios modernistas—, en éxitos musicales perpetuos, apenas se sentaba al piano a cantarlos con su voz tristona de

<sup>11</sup> Guillermo Cabrera Infante, “Punto de fuga: La lira de Lara”, *Letras Libres*, septiembre de 2002, año IV, núm. 45, p. 91.

eterno enamorado o despedido de "la bella Puta o de la Mujer Divina", según fuera el caso.

Sin duda, esta obra deja varias asignaturas pendientes, como los mismos coordinadores reconocen. Algunas serían "las vinculaciones culinarias, la décima y la aportación tabaquera cubana", a las que habría que agregar, entre otras, las similitudes entre la iconografía veracruzana y habanera a través del tiempo, tema que ya han esbozado autores como Ricardo Pérez Montfort<sup>12</sup> y Zoila Lapique.<sup>13</sup> Con todo, ahora que tienen lugar, como diría Gabriel García Márquez, amores contrariados

entre Cuba y México en las más altas esferas de la diplomacia, este volumen es una bocanada de aire fresco y un recordatorio oportunísimo para todos aquéllos que pretendan ignorar o soslayar, como dicen los coordinadores de esta obra en la "Introducción", esta "larga e íntima relación de amistad" entre estos dos pueblos hermanos del Golfo-Caribe. Y eso, estimado lector, no es poca cosa.

*Horacio Guadarrama Olivera*  
Instituto de Investigaciones  
Histórico-Sociales, Universidad  
Veracruzana

<sup>12</sup> Véase Ricardo Pérez Montfort, "Notas sobre la fotografía y la generación de estereotipos en dos puertos caribeños: Veracruz y La Habana, 1840-1940", en Laura Muñoz Mata, *op. cit.*, pp. 282-310.

<sup>13</sup> Véase Zoila Lapique, "La Habana y su Puerto: su imagen en el tiempo", en Agustín Guimerá y Fernando Monge (coords.), *La Habana, Puerto Colonial (siglos XVIII-XIX)*, col. Biblioteca Portuaria, Fundación Portuaria, Madrid, pp. 309-319.